



Un Chasque

*de José Valentín Trujillo*¹

El general estaba sentado sobre un cráneo vacuno. Tenía la chaqueta azul abierta, las piernas abiertas y las botas rozaban las brasas naranjas del fuego. Tenía un mate en su puño cerrado. Miraba el fuego. Las brasas palpitaban y latían en su calor. Un centinela le dijo que había llegado el chasque que salía hacia Montevideo.

Se llamaba Durán y era un joven que no llegaba a los veinte años. La pelusa de la barba y del bigote parecían manchas en una cara mal lavada. Se cuadró frente al general, que con calma dejó el mate y se paró. Le dio un odre de cuero curtido que adentro tenía hojas secas de tabaco para fumar.

-Esto es para doña María Francisca. Se lo entrega y le dice que lo disfrute, que es del bueno-le dijo el general al chasque- A ella le va a gustar.

En la oscuridad al fondo del rancho, fuera de la luz escasa del fuego, el chasque escuchó un ruido extraño.

-Y esto...-el general fue hasta la oscuridad y volvió con una jaula de hierro en las manos.-... esto es para José María.

El chasque bajó la mirada y miró la jaula. Unas pequeñas manitos rosadas como de un niño con uñas sucias y afiladas se aferraron a los barrotes finos y una cara peluda lo miró fijo. Era un monito. El chasque miró al general y tomó la jaula. El monito se colgó con manos y pies a la jaula, y volvió a emitir un breve gruñido.

Todavía no amanecía en Purificación. El resplandor del sol estaba contenido sobre el monte oscuro del río. Volaban murciélagos todavía en la noche. Un sector de nubes lechosas en el cielo indicaba que detrás estaba todavía la luna.

-¿Comió usted bien?

-Sí, mi general.



¹ Cuento galardonado con Mención Especial en el Concurso de Cuentos "José Artigas Unión de los Pueblos Libres". Dic. 2014



A Durán le habían dado a tomar una sopa con patas de gallina y luego había comido unos trozos de zapallo y charque con galleta. El general le puso una mano sobre el hombro.

-No demore en salir, m'hijo.

-No, mi general.

Se retiró con el odre en una mano y la jaula en la otra. Le quedan por delante más de doscientas cincuenta millas hasta Montevideo y con suerte quince jornadas para entregar los regalos que el general le mandaba a su suegra y a su hijo lejano.

El jefe de la posta de caballos de Purificación miró al chasque y soltó una carcajada. El chasque, sin decirle nada, comenzó a preparar su caballo para salir.

-Es un mono de las Misiones –le dijo el hombre, un viejo desdentado con un cigarro en los labios. El chasque siguió juntando sus enseres, sin mirarlo.

-No lo saques de la jaula, que les gustan las judeadas.

El chasque siguió con lo suyo, sin decirle nada. Controló lo que debía llevar para su supervivencia y revisó los vasos de su caballo. Acomodó la jaula colgando a un costado y la ató con un lazo por debajo de la panza del caballo. Cuando creyó que estaba todo pronto, su cabeza atravesó el agujero del poncho y montó.

-Dale de comer al bicho, que igual les gusta la carne- le avisó el viejo antes de soltar otra risotada. El joven chasque avanzó como pudo.

-Allá vas, con los caprichos del general –dijo el viejo, viendo al chasque salir y antes de quitarse el cigarro y escupir sobre la hierba todavía fría por la escarcha.

* * *

No eran caprichos: eran las órdenes del general, se dijo el chasque. Por extrañas que parecieran, ¿quién era él para cuestionarlas? Otras veces había llevado mapas y cartas del general para sus tenientes y subalternos. Luego, las respuestas de estos. Una vez casi había caído



en manos de una partida de porteños, del ejército de Dorrego, pero se había escondido varias horas debajo de unas piedras y no lo habían visto. Ahora la misión era diferente. Debía llevar un saco y un mono, atravesando ríos y arroyos de invierno, mañanas de bruma y garúa, soles que brillaban pero no calentaban, todas las gamas de la luz, para llegar a una ciudad del otro lado del horizonte.

El general mandaba a miles de hombres, cada uno en su función. La de él era llevar cosas de un lugar a otro. La voluntad del general se extendía por encima de las fronteras que le había puesto la naturaleza. Como un ser invisible, esa voluntad atravesaba por encima de enormes ríos desbordados sin puentes, por montes y selvas donde nunca había pasado todavía ningún alma cristiana. Durán era una de las manos ejecutoras. Como le había dicho su padre, él debía servir a la causa de los pueblos. La causa de los pueblos era el general, seguía el razonamiento. Y la causa de los pueblos ahora le pedía ocuparse de un mono.

Galopó varias millas sin mirar siquiera la jaula donde el animal iba sin decir nada. Las nubes pasaron por encima de su cabeza. El sol torció su ruta en el firmamento y comenzó a caer rápido, ahuyentando la luz del campo. En ese momento el chasque se topó con el primer arroyo de importancia, un poco crecido por las lluvias excesivas de junio. Desató la jaula y la levantó con la mano por sobre el nivel de las aguas, que le golpeaban en el pecho al caballo. Al verse encima de una corriente ruidos, porque allí cerca había unas piedras moras, el mono comenzó a chillar con gritos agudos, sus pequeñas manos aferradas a la jaula y su larga cola prensil marrón enroscada sobre sí. Con la boca abierta, el chasque ahora veía sus dientes afilados escondidos bajo los labios peludos. Sus ojos bien abiertos mostraban unas pupilas negras abrasadas por el terror de estar en peligro. El chasque rió y le habló.

Del otro lado del arroyo, el chasque desmontó y controló que el saco con el tabaco estuviera seco. Miró a su alrededor y buscó un claro en el monte bajo una enramada donde poder acampar, prender un fuego y secar su ropa. Lo que sobraba era leña. Prendió una yesca con los yuyos más secos que encontró y una llama débil que dio pasó a una cinta de humo fina alumbró al hombre, el caballo y la jaula.

Casi no pudo dormir del frío. Antes de las primeras luces volvió a prender el fuego, calentó agua en una lata de estaño y preparó mate. Mordió un poco de galleta con charque y se consideró desayunado. El caballo intentaba masticar las hierbas heladas. El calor del belfo derretía la escarcha y le llenaba la cara de gotas de agua.



Salió el sol y cantar los pájaros del monte. El chasque le dio al mono un poco de galleta. El animal lo tomó entre sus manos y la comió con fruición. El chasque le dio otro trozo. Se repitió la situación. El mono quería más, pero no había más. Chilló. El chasque rió.

Ese día fue tranquilo. El sol brilló siempre despejado y a pesar de que frío calaba las entrañas por momentos fue una jornada agradable. El chasque recorría potreros cercanos al arroyo Negro. Vio unos halconcitos comer una res muerta. Horneros construyendo sus nidos de barro. Decidió cazar un carpincho que se le cruzó en una cañada. Eso cenó bajo un ombú gigantesco en una noche surcada en el otro extremo del cielo por estrellas que el chasque comprendía. Había luna nueva y la oscuridad llenaba el espacio.

El chasque destapó la jaula y el mono dio un salto y se aferró a los barrotes de alambre. Miró el fuego y al hombre. Emitió un chillido agudo. El chasque acercó su mano con un pedacito de carpincho hacia el mono, que estiró su brazo por fuera de la jaula hasta que tomó el trozo de carne y se lo comió. Volvió a chillar. El muchacho le dio unas migas de galleta. El mono las olió y las dejó. Volvió a chillar.

-Ah, serás bandido.

Tenía en las manos el mate, que tomaba religiosamente en cada comida. Lo acercó a la jaula y el mono lo miró con desconfianza. El muchacho sorbió fuerte de la bombilla de caña y le mostró al mono cómo se tomaba. El mono abrió los ojos nerviosos. Volvió a acercarle el mate pero el mono solo mordisqueó la bombilla con fruición. Como vio que esto le gustaba, Durán le dio un palito, que el mono estuvo mascando y royendo por horas.

Los días pasaron con diferentes alternativas. Una noche llovió, y el chasque se preocupó de mantener seco el tabaco. Otra noche creyó oír los ladridos de una jauría de perros salvajes rondando alguna majada. ¿O sería que perseguían a algún tigre?

Un amanecer mientras tomaba mate vio alrededor de la cabeza de su caballo una pequeña nube de mosquitos. Les prestó atención. Volaban en torno a las bocanadas de aire caliente que se marcaban en el aire helado de la mañana desde los ollares del caballo. Un pequeño verano en medio del invierno. Los mosquitos revoloteaban y picaban los belfos mientras el caballo dormitaba.

El sol derretía la escarcha mientras el jinete avanzaba en el descampado, y cada tanto se cruzaba



con una tapera o un rancho quemado. ¿Por quién? Difícil saberlo. ¿Habrían sido los godos? ¿Los orientales? ¿Los porteños? ¿Las partidas indias ingobernables? ¿De cuál guerra, si era la misma guerra?

Ese día hizo noche entre esos escombros. Detrás de una pared derrumbada armó el fuego. Puso la jaula cerca y le dio al mono un pedacito de charque. El mono lo mordisqueó con nerviosismo y masticó rápido. Durán miró su reflejo cómico en la pared. Se paraba en dos patas y se mantenía erguido para comer. La pared era una pantalla improvisada y el chasque lo miraba con gracia. Después apagó el fuego, le colocó una manta encima de la jaula, se tapó con un poncho y se durmieron.

Al otro día galoparon entre brumas y aire cortante hasta que encontraron movimiento. Los cruzó una carreta en sentido contrario, y también dos soldados del general Rivera, que estaba asentado en Mercedes. Eso significaba que el ancho río Negro estaba a pocas leguas.

Llegó al vado y vio que la barca para cruzar el río estaba del otro lado. Aprovechó para cambiar el caballo en la posta junto al vado, y les mostró el monito a unos niños que jugaban cerca de la orilla. Los niños rieron y le tiraron piedras al mono, que se quejó con un chillido. Durán cruzó en la balsa y dejó salir al mono de la jaula. El animal se colocó en su hombro y desde allí dominó todo el panorama.

Lo que veía el mono desde el hombro del chasque era un río engrosado por un invierno mojado, un curso que cortaba a la mitad los dominios del general. Pero no los separaba, sino que los unía, por primera vez desde que comenzara la revuelta cinco años antes. Ese río era el esqueleto de la nueva provincia, un manantial gigante por donde fluía una nueva época. Los ojitos del mono se abrieron al ver la corriente, una fuerza desbocada de Dios como un desafío para que ahora domaran los orientales.

Las nubes se cerraron sobre el cielo, se fue la luz y el silencio se apoderó del río. Un trueno lejano provocó la lluvia. El inicio fue intenso y la cortina de agua llena de salpicaduras dejó un gris brillante en el aire. Luego la fuerza de la lluvia amainó un poco pero nunca se detuvo.

Aprovechó para hacer noche en la otra orilla. No tenía sentido galopar en esas condiciones. Allí había un campamento improvisado. Había carreros y pastores, un doctor de la capital y una mujer que había llegado con su hija joven. Había arribado en un buque e iban hacia Purificación. Según



le contó al chasque el barquero, la dama, su hija y el doctor, apoderado de su marido, un comerciante acusado de negociar con Buenos Aires, iban a hablar con el general para sacar al hombre de la cárcel.

Bajo unos toldos de cueros extendidos, troncos y cañas se refugiaron los viajeros. La muchacha miró la jaula del mono. El chasque se dio cuenta de esto y la miró a ella. ¿Estaría ella imaginando el destino de su padre? El chasque no lo sabía. Tampoco lo pensó. Solo miró su cara, su pelo peinado y mojado por la lluvia, pegado a la cara como en un dibujo. Sacó al mono de la jaula y lo dejó en su falda, pero el animal le trepó por el pecho y se sentó en uno de sus hombros. El chasque lo siguió con sus ojos. El mono le tiró del pelo. La chica rió levemente y se tapó la boca. El chasque le correspondió con una sonrisa. Tomó al mono y se lo ofreció para acariciarlo. Pero la madre la miró como un águila y la chica volvió a quedar seria y esconder la mirada en su regazo. Durán comió un pedazo de pan, compartió alguna miga con el mono y durmió como pudo, empapado y helado como el mono, con los relámpagos y segundos después los truenos de fondo.

Al otro día el viento terminó de barrer el cielo y el sol brilló en un cielo incandescente. Con caballo nuevo y bríos renovados, Durán debía avanzar hasta el posta del Monzón, cerca del arroyo Pintado.

Hubo viento constante y no vio un pájaro en todo el trayecto. Cruzó un par de cañadas y se entusiasmó con el avance. Recién paró para hacer aguas atrás de un árbol, y tomar un poco de agua en una vertiente entre unas piedras. Cuando fue a buscar al mono para que tomara agua lo encontró desmayado, como muerto. Abrió la jaula y lo sacudió pero el mono parecía ido. Estaba frío, endurecido. Le puso agua en la boca con su mano hecha un cuenco pero nada. Le frotó el pecho intentando darle calor pero fue inane.

Colocó la mono en la jaula y galopó hacia la posta del Monzón. Cuando llegó les explicó al puestero y a su esposa lo que había sucedido. El puestero le dijo que fuera a ver al viejo García, un curandero que vivía para el lado de Mal Abrigo. Curaba animales. A una vaca de ellos le había hablado y los gusanos de una bichera habían caído solos al suelo. Y a su mujer le había recomendado un yuyo y a los meses había quedado encinta.

García. Allí se dirigió el chasque con el cadáver del mono, hasta un rancho que parecía abandonado junto a unos árboles en fila para cortar el viento. Avanzó con su caballo hasta el palenque. Sin saber cómo, el chasque escuchó una voz detrás suyo.



-Lo esperaba, mozo.

Durán se dio vuelta y vio a un viejo de barba negra y entrecana que parecía brotarle de unos ojos escondidos bajo un sombrero que se había mojado y se había secado desde el primer Diluvio. Lo miró sin entender.

-Venga, desmonte.

Entraron al rancho. Estaba oscuro y adentro el curandero tenía prendido un grueso velón de sebo que esparcía un globo blando de luz amarillenta. El chasque abrió la jaula y la puso dentro de la luz. El viejo, de manos cuarteadas y de uñas largas y sucias como si fuera cruz con mulita tomó el cuerpito ocre del mono y lo puso sobre la mesa. Tenía los ojos cerrados, en posición fetal. Los ojos del viejo miraron al mono con detalle, luego fijamente, hasta que se levantaron y enfocaron los del chasque.

-Mozo, quiero fumar. ¿Usted tiene tabaco?

El chasque miró la alforja de cuero con el tabaco del general. Se quedó en silencio.

-Si no fumo, el bicho se queda muerto.

El chasque abrió la alforja. El viejo metió la mano y cerró el puño. Se llevó la mano a la nariz y olió profundo. Sus ojos se perdieron en una mirada lejana. El chasque pensó que quizás el viejo lo habría olido desde varias cuadras antes de llegar.

El viejo dejó el tabaco picado a un lado y con sus uñas cortó un pedazo de chala de maíz, lo desplegó y puso el tabaco dentro. Lo enrolló y lo entubó, y le pasó un leve lengüetazo para cerrarlo. Con el cigarro en los labios, acercó la vela y dio una pitada larga. Sopló el humo y saboreó el cigarro. Volvió a pitar. Pero ahora retuvo el humo en los pulmones y lo sopló sobre el cuerpo inmóvil del mono. El humo rodeó al animal y las volutas se expandieron. Dos o tres pitadas más, y el curandero comenzó a escupir algo, una baba blancuzca de su boca. Una última pitada y el soplido fue a la cara del mono, que de pronto abrió los ojos y se puso de pie, con un chillido.

Durán, todavía sorprendido, lo metió adentro de la jaula y le tiró un pedazo de pan, mientras García se limpiaba la barba de saliva.



El chasque le preguntó cómo le pagaba.

-Con un poco de ese tabaco es suficiente- le retrucó el viejo.

Antes de irse, ya montado, Durán le hizo una pregunta al curandero.

-¿Cómo es que me esperaba?

-Hay cosas que no se dicen, amigo. Pero por ser usted, se lo voy a contar: me lo dijo un lagarto en la cañada, esta mañana.

El chasque buscó una risa, pero el curandero mantuvo su cara inmovible. Retomó su camino, sin mirar atrás. La noche oscura y con luna tapada y se unió a otra despejada y con estrellas en abundancia, y a una más en San José de Mayo, donde el jinete cansado pernoctó en un galpón en el borde del pueblo, metido con el mono dentro de paja seca.

* * *

A lo lejos vio Montevideo. Llegó al trote por el camino de la Aguada y los Pozos del Rey hasta que entró a la ciudad donde el general había nacido pero a quien siempre querría bien lejos. En el portón de San Pedro un centinela le pidió su identificación y el chasque buscó entre sus sacos un sello del general. Era la identificación que usaba siempre.

Un guardia de la muralla lo condujo hasta la casa de doña María Francisca Artigas y Carrasco cuando los faroleros comenzaban a prender las luces de la ciudad. Golpeó tres veces en el albardón de la gruesa puerta de madera. Una vieja con un chal oscuro y remendado entreabrió la puerta y solo puso un ojo en la abertura.

-¡Buenas y santas, misia María Francisca! Vengo de parte del general, que le manda recados desde Purificación.

La vieja desconfió otro poco y miró mejor al joven, que le mostró el odre y la jaula. Recién entonces la vieja abrió la puerta y lo dejó pasar. El chasque entró a un lugar tan frío como la intemperie de la que venía, oscuro y con olor a encierro. En una habitación tenía lumbre prendida y unos velones de sebo gruesos y llorosos, con llamas lánguidas.



El chasque le entregó el odre a doña María Francisca. La vieja llamó a su nieto. Unos segundos después, de una oscuridad lateral apareció un niño. Miró al chasque con seriedad adulta y luego miró la jaula, donde captó cierto movimiento. El niño sonrió y se arrodilló. El chasque lo miró, queriendo reconocer algún rasgo del general, pero no pudo ver nada, porque el niño comenzó a hablarle al mono, que a su vez empezó a gritar y a saltar dentro de la jaula.

El niño le abrió la puertita y el mono salió. Saltó sobre una mesa donde estaba uno de los velones y se robó un pedazo de pan, que enseguida comenzó a devorar. El niño gritó y aplaudió la monería y lo siguió hasta la mesa. La llama de la vela captó la atención del mono. La quiso tocar y al quemarse dio un chillido, quitó su mano chamuscada y bajó de la mesa de un salto. El niño volvió a reír con más fuerza y siguió al mono a donde este fuera, para enseñarle cosas, como un padre con un hijo.

De pronto, alguien tosió y doña María Francisca le dijo al chasque levantándose: “Ave María, con su permiso”. Recién entonces el muchacho se dio cuenta de que en la amplia habitación había otra persona. No se veía porque estaba en la parte más oscura y alejada de la vela. Hablaba en las penumbras, pero más que palabras lo que se entendía era apenas un balbuceo. Tenía un velo negro sobre la cabeza, propio de las viudas. Doña María Francisca le limpió la boca con el regazo de un pañuelo. La mujer siguió repitiendo una hilera de términos entrecortados y visiones ajenas a la realidad, entre los que se mechaba alguna breve risa. El chasque comprendió que el general no le había dado nada para esa mujer.

Recibió un plato de comida y contempló a quienes lo rodeaban. Cuando doña María Francisca abrió el odre clavó la nariz en la ranura por donde salía un fuerte olor a tabaco. La boca se le hizo agua. Sonrió y los pocos dientes que le quedaban estaban amarillos como marlos de maíz.

Con toda paciencia, mientras se escuchaban los revoltijos del niño con el mono, Doña María Francisca enroscó con sus dedos de araña un largo charuto con las hojas ocres y apergaminadas del tabaco que le mandaba su yerno y sobrino, el general, y se acercó con su mano arrugada el cigarro a las brasas del fuego con el que calentaba el caserón de techos altos. La punta del cigarro tomó un fuego mínimo que la vieja sopló. Una cinta fina de humo azulado salió como víbora invisible. La vieja se lo llevó a los labios y dio una larga pitada, profunda, lo disfrutó unos segundos, llenó sus pulmones y luego soltó el humo por las comisuras de la boca. El humo era denso, voluminoso, y el chasque ignoraba que traía el olor de la tierra correntina rojiza donde habían nacido y crecido esas hojas ahora secas y quemadas, salidas de una provincia ahora



sumisa al general.

-¡Madre, madre, ahora tengo un hermanito mío! -le dijo el niño a la mujer contemplativa, con el mono en brazos.

El chasque, que había recibido su plato de comida, creyó ver en aquel gesto de la vieja una especie de sonrisa. Y mientras se llevaba de modo torpe a la boca la primera cuchara estañada que sus manos tocaban en semanas contemplaba el hogar de la familia del general: las sombras del niño de nueve años y la del monito se superponían, corriendo por encima de mesas y sillas, y se reflejaban en las paredes, en los botellones y en los largos postigos de las ventanas cerradas; una mujer madura que decía frases incoherentes en un rincón y cuya madre limpiaba. El humo del cigarro de doña María Francisca seguía envolviendo los objetos y producía manchas opacas en el aire.

Con el cansancio y la somnolencia de la comida en su estómago, la atención de la mirada del chasque cansado se fue hacia lo único que ahora era nítido: las brasas. Crepitaban y latían en su propia naranjez, igual a las que había visto unos días antes, ya no recordaba si en Purificación, en el vado del río Negro, en la posta del Monzón o en alguno del collar de fuegos que había hecho en su camino.

